cierto más que tu capricho; nada absoluto más que el placer. ¡Ah! Bernheimer, tú te aprestas á negociar las acciones de la moral. Eso te costará disgustos, ¡desdichado! y Lydia se burlará de tí. ¡Piensa, al contrario, en la felicidad de verla hacerse mimosa por agradarte, de poseer esa maravilla! ¡Qué placer tan íntimo, y qué satisfacción del amor propio! ¿Qué consideración merece un marido que no ha sabido conquistar á tan deliciosa criatura? ¿Vas á hacer ahora la causa de los maridos, cuando siempre has estado al lado de las mujeres? Sería chistoso, y darías que reir. Raimundo, bien mirado, es un tonto. En cuanto á Teresa.....»

El recuerdo de su ahijada bastó para destruir el hechizo de la tentación que encantaba á Samuel, y pensó: «Es Lydia más peligrosa que la suponía, puesto que, en un instante, el prestigio de su belleza, el atractivo de su malicia amorosa me turban hasta el punto de que olvido mis resoluciones y cambio de proyectos. Es necesario andar con mucho tiento y jugar cerrado. Mi monjita me lo ha dicho: ¡es un monstruo! Vamos, pues, á lo más urgente; y para saber bien cómo debo obrar, procuremos hacer hablar á Ploerné.»

IX

Desde que Bernheimer se retiró del *Comptoir*, las acciones subieron más que nunca, como si él sólo contuviese el impulso de los valores y moderase su alza repentina. Reemplazado por Herzog, el financiero luxemburgués, el iniciador de negocios internacionales, el banquero se consideró como libre, y asistía con curiosidad á las fases de

la lucha empeñada entre la alta banca y las grandes fortunas aristocráticas. No tomaba parte en ella, contenido por un escrúpulo de conciencia. Sin embargo, veía que se preparaba el estallido, y con su buen olfato, que no le había jamás engañado, sentía llegar la baja. El gobierno comenzaba á inquietarse seriamente por el quebranto de la Renta y de los Caminos de hierro, en beneficio del *Comptoir*; y descubriendo enemigos en los acaparadores de los valores triunfantes, se veía arrastrado á intervenir en la lucha, á destruir de un golpe la oposición, derribando la nueva institución financiera. La situación era, pues, amenazadora.

Pero lo que para Bernheimer era motivo de inquietud, lo era de confianza para los accionistas del *Comptoir*. Su entusiasta credulidad aumentaba con el alza. Había en círculos y salones extraordinaria concurrencia. No se hablaba más que del *Comptoir*, y se hacían y deshacían fortunas en una semana, según que los especuladores jugaban al alza ó á la baja. Una especie de vértigo se apoderaba de los más prudentes, y las acciones, que habían quintuplicado su valor, aún prometían beneficios sin límites.

Los que habían puesto sus capitales en el negocio, deslumbrados por éxito tan brillante, jugaban en descubierto, para aumentar su ganancia, y contestaban con sarcasmos á las tímidas observaciones que sus mejores amigos se arriesgaban á hacerles. El movimiento era general, y bajo el inmenso empuje del público, la alta banca hubo al fin de ceder, á pesar de su resistencia. Se citaban las pérdidas del sindicato formado para luchar con el *Comptoir*. Tres veces había repuesto ya su capital de combate, y se contaban sus pér-

didas por cientos de millones. El pánico empezaba á llegar á la Bolsa. Los más razonables, los más expuestos, atemorizados por aquella subida, sin cesar creciente, semejante á la marcha irresistible de una inundación, perdían la cabeza, y, cambiando de posiciones, se ponían á la baja á fin de asegurar una contrajugada en caso de desgracia.

Sólo Bernheimer, siempre bajo las columnas, seguía imperturbable. A cuantos amigos le consultaban, daba el mismo consejo: «Absteneos, realizad vuestra ganancia, si la tenéis, y no os mováis.» Acababa de liquidar la cuenta de Lydia y de tomar para la joven un millón doscientos mil francos. Reunió en un paquete los billetes de banco, compró en casa de Susse un lindo cofrecito, guardó en él el enorme legajo, y se hizo llevar á la calle Rembrandt. No había visto á la condesa después de la cita fallida, y hacía una semana que no encontraba á Ploerné. Deseaba, pues, hallarlos á ambos, al marido sobre todo. Lydia le recibió en su gabinete, recostada, descubriendo por la abertura de sus mangas un brazo redondo, fresco, nacarado, tentador como una hermosa fruta. Le tendió la mano, que él besaba siempre con voluptuosa lentitud; pero su resolución era firme, y se contentó con oprimir los finos dedos que se ofrecían á sus labios. Ella le miró maliciosamente, y con una voz de niña:

—¿Se ha concluido la amistad? ¿No hay ya nada para mí en ese corazón?

¡Ah! ¡Qué poder debía tener aún sobre él! Samuel se estremeció á la caricia de su palabra, se turbó ante la dulzura de sus ojos, y tuvo que exhortarse á la resistencia para no caer en el encanto de la tentación. Respondió, no obstante, con fingida ingenuidad:

—¿Por qué esas sospechas? ¿Qué pude hacer para merecerlas?

—Estáis hoy, Samuel, muy frío con vuestra amiguita. ¡Oh! no tratéis de negarlo. No se me puede engañar. Sé cuándo se me ama y cuándo no.

Samuel afectó cierta contrariedad.

—¿De qué me serviría amaros?

—¡Oh! ¿Quién sabe?—dijo ella sonriendo.—No tenéis paciencia, Samuel.

—A mi edad no queda tiempo para tenerla.

—¡A vuestra edad! ¡Sois un grandísimo hipócrita! ¡Yo os encuentro muy joven!

Pronunció estas últimas palabras con un dejo de ironía tal, que Bernheimer se sintió herido en su cuerda más sensible. Su rostro se contrajo, y recalcó con amargura:

—Muy joven, en efecto.

Y pensó: «Se burla de mí á su placer. ¡Bueno! Yo no habría pagado aquí las costas. Démonos, á lo menos, el lujo de ser virtuosos.»

Tomó el cofrecito, y poniéndolo sobre las rodillas de la joven, le dijo:

—No conservaré ya ningún mérito á vuestros ojos, puesto que voy á dejar de seros útil. Aquí tenéis el producto de la especulación que encomendásteis á mi cuidado. Me confiásteis doscientos mil francos y os traigo seis veces la cantidad. Es un millón de beneficio. En adelante no dependeréis de nadie, y si vuestros caprichos os llevan á una situación delicada, tendréis siempre con qué vivir.

En vez del cumplido que esperaba, díjole ella secamente:

—Os quedo muy obligada, querido amigo, pero acaso habéis realizado antes de tiempo. Desde que vendísteis, el papel sube sin cesar, y pierdo una suma de consideración.

Mirábalo muy seria, y leyendo Samuel en sus ojos la duda de si sería tan entendido como aseguraban, y ella misma había creído, pensó:

Además me toma por un imbécil. ¡No faltaba más que esto!

—No os fiéis—le dijo.—Nada vale lo que una hermosa ganancia positiva dentro de una caja con llave. Ya la tenéis, no vayáis á arriesgarla.

Se levantó para despedirse, pero temerosa la condesa de que se fuese disgustado, se le aproximó cariñosamente, diciéndole:

—No hablemos más de negocios, si os parece. Estas enojosas cuestiones de dinero todo lo envenenan. Seamos amigos. Habéis traído la cara de bolsista, y no me agrada. ¡Vamos, haced un esfuerzo para complacerme!

—Hice ya cuanto pude, y desespero de conseguirlo.

—¿Estáis en un día de desaliento?

—No; estoy en un día de cordura.

—¿Qué os produce ese efecto?

—La locura de los demás.

Frunció la condesa el entrecejo, no acostumbrada á la resistencia. La de Bernheimer á su capricho la sublevó y volvió á mostrarse desabrida y fría, como cuando, debiéndole una fortuna, le reconvino por haberla hecho perder mucho dinero. Si ella le había mortificado, él no había querido complacerla. Separáronse, pues, casi como enemigos. Apenas hubo el banquero cerrado la puerta del salón, cuando Lydia se echó á reir desdeñosamente diciendo:

—¡Viejo imbécil! Si yo quisiera, sólo con un gesto le tendría de rodillas á mis piés. Pero he sacado de él lo que me proponía, por el momento..... Una fortuna..... Sí, ciertamente, y puedo ahora nó temer al porvenir.

Cogió el cofrecito, contó los fajos de billetes y lo guardó todo en un mueble de su cuarto.

Al salir de las habitaciones de la condesa, Bernheimer se informó de que Raimundo estaba en casa, y entró en el despacho del conde de Ploerné. Sentado delante de una mesa, el marido de Lydia escribía. Levantóse vivamente y se adelantó con la mano abierta al encuentro de Samuel.

—¿Cómo, sois vos, mi querido Bernheimer? ¿A qué debo el placer de veros? Reserváis todas vuestras atenciones para mi mujer..... Llevad cuidado, no vayáis á jugarme alguna mala pasada.

—He visto á la condesa—interrumpió Samuel—salgo de su cuarto. Pero tengo necesidad de hablaros.....

—¡Qué escucho!

—Estáis comprometido en el *Comptoir*, ¿no es cierto? Y muy seriamente.

—Sin duda.

—Vuestra esposa, ¿os ha aconsejado vender hace dos días?

—Al contrario, me ha animado á comprar.

Por muy dueño de sí mismo que fuese Bernheimer, no pudo dominar un estremecimiento repentino y prosiguió:

—¿Estáis bien seguro de que os ha inclinado á comprar?

—¡Cómo! Segurísimo. Como que delante de ella escribí á mi agente.

—¿Quién es?

—Tresorier.

—¿Le habéis visto después?

—No. ¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Sin duda no sabéis lo que hacéis ni lo que pasa.

—Trato mucho á los administradores del *Comptoir*, varios de ellos son amigos míos. Sé la lucha entablada entre los banqueros y nuestra Sociedad. Sé también que hemos triunfado en toda la línea.....

—Veamos, Ploerné, ¿tenéis confianza en mí? ¿Queréis decirme, francamente, hasta qué punto os habéis comprometido? Bien sabéis que no abusaré de vuestras referencias. Conozco el *Comptoir* mejor que nadie y podría aconsejaros bien.

—Querido amigo, tengo en vos completa confianza, pero estáis prevenido en contra del negocio..... Lo habéis abandonado..... No creéis en él..... Y, sin embargo, desde que lo dejásteis.....

—¡Voto á tal!—exclamó Bernheimer.—Lo hice para no autorizar con mi nombre un alza que consideraba insensata; para poner á cubierto mi responsabilidad..... No paso por tímido en la Bolsa, y preciso es estar ciegos para no haber comprendido mi retirada.

—No se puede, sin embargo, ir contra la evidencia..... Los hechos hablan..... Las acciones no han cesado de subir..... Continúan subiendo.....

—Eso no puede durar.

—¿Por qué no?

—¿Por qué?..... Porque á fuerza de tirar de la cuerda, se rompe.

—No se romperá.

Aquella resistencia de Ploerné era inexplicable para Samuel. Notaba en ella y en la viveza de las respuestas, como un esfuerzo hecho en defensa propia. El banquero quiso llevarlo más lejos, para saber por completo á qué atenerse.

—Explicadme, querido amigo, vuestro cambio. Hace unos meses, cuando se trató de que tomáseis acciones, vuestra repugnancia fué tanta como ahora vuestro entusiasmo.

—No sabía entonces con quién me comprometía.

—¿Y lo sabéis ahora?

—Sí, todos son amigos míos.

—¡No me queda más que oir!..... Un negocio dirigido por Herzog, ¡el primer tunante de Europa, y no es poco decir! ¡Un consejo de administración reclutado en la alta sociedad!.....

—No habléis mal del Consejo, porque soy desde ayer uno de sus miembros.

A estas palabras, Bernheimer se quedó aturdido, como si el cielo se desplomase sobre su cabeza. Pero no era hombre de largos desalientos. Una ola de sangre le subió á la cara, y exclamó:

—Raimundo, ¿quién os ha aconsejado eso?

—Mi mujer.

—¿Y es un hecho?..... ¿Es irrevocable?

—He dado mi firma.

Descargó Bernheimer tal golpe sobre la mesa, y lanzó tal juramento, que el marino dió un salto hacia atrás.

—¿Es decir, que estáis loco de atar? ¿Y ella?..... ¿ella?.....

Iba á decir «y yo que le avisé,» pero se contuvo á tiempo, y prosiguió:

—¡Gracias al cielo es tiempo todavía!..... ¡Ha-

béis hecho buena jugada!..... ¡Y sin que se sepa! ¿Habéis asistido al Consejo?

—Anoche.

—Eso pasará desapercibido..... Sentaos á esa mesa, y enviad vuestra dimisión.

—Es imposible.

—¿Imposible? Lo imposible es que sigáis allí un solo momento..... ¡Por lo visto no comprendéis lo que os digo! ¿Es que queréis que os lleven á los tribunales?

—¡A los tribunales!

—¡Precisamente!..... Eso arriesgáis..... ¿Queréis que os explique cómo se logra un alza semejante? Pues es muy sencillo. Con los fondos del *Comptoir*, la Dirección compra las acciones en la Bolsa. Por no querer prestarme á esta maniobra, hube de abandonar el negocio..... La caja está llena de títulos comprados por cuenta de la Sociedad..... Pero una operación de este género tiene un término; y el día en que llegue, asistiréis á un espantoso cataclismo.

—El Consejo no sabe nada.

—El Consejo está compuesto de incautos, tan poco versados como vos en asuntos financieros, por más que se adornen con apellidos ilustres, y que se dejen engañar por tres ó cuatro perdidos de que se vale la Dirección.

—Pero la Dirección.....

—No hablemos más sobre el particular..... Es lo mejor que podemos hacer.

—¿Quién me prueba que estáis bien informado?

—¡Yo, que acabo de salir de esa caverna! No seáis terco.

Ploerné permaneció un instante pensativo. Después, llegándose á Samuel, que se había acercado á una ventana y golpeaba con los dedos nerviosos sobre un cristal:

—¿Me autorizáis á repetir vuestras palabras á mis amigos del Consejo?

—¡Nunca, jamás!—gritó Samuel.—Me acusarían mañana de haber provocado el pánico. Os he prevenido: obrad. A cada cual lo suyo.

—No puedo abandonar á mis amigos en estas circunstancias—dijo Raimundo con firmeza.

—¡Pero habéis perdido del todo la razón!—gritó Bernheimer. Se trata de un negocio de Bolsa, y no de una conspiración..... ¿Vais á tomar el asunto por lo trágico, y á creeros un traidor, porque os pongáis en salvo?

—Dejando que se pierdan mis amigos.

—Tanto peor para ellos. ¿Esperáis convencerlos mejor que yo? Hice cuanto pude por desengañarlos, y me han befado y escarnecido..... ¡Que pidan limosna! No veo en ello ningún inconveniente. Lo que salga de sus bolsillos entrará en los de los otros..... ¡Nada se habrá perdido! Quedarán unos cuantos pájaros desplumados, y nada más. En cuanto á vos, quiero sacaros de este mal paso. Dejáos de puritanismos, y sed práctico. Vamos, pronto, cuatro letras, y estáis fuera del paso.

—Todos ó ninguno.

—¡Idos al diablo!—gritó Samuel exasperado.—Así me recompensáis por mis buenos deseos.

—Esperaré.

—¡Bueno! esperad, y enteraos.

A pesar de sus buenos informes, Benheimer no creía inminente la catástrofe; y la dilación concedida á la obstinación de Ploerné, debía tener fatales consecuencias.

—En todo caso, ¿podré contar lo que me habéis dicho á mi mujer?

—Ni una palabra.

—¿Pues no es Lydia vuestra confidente?—preguntó Raimundo sonriendo.

—No mezclemos á las señoras en asuntos tan graves. ¿Me prometéis no decir á nadie lo que os he confiado?

—Sí.

—Bien está. Pero creedme, no perdáis tiempo..... Y sobre todo, ¡vended..... vended!.....

—Suceda lo que quiera, siempre os quedaré reconocido por vuestro interés.

—¡Ah! Es que alguien á quien yo quiero de veras, se interesa mucho por vos.

—¿Quién?—preguntó Raimundo admirado.

—Teresa.

Ploerné palideció, tornándose inquieto y pensativo.

—¡Ah! Teresa..... sí..... ¿La habéis visto recientemente?

—La he dejado para venir aquí.

—Pobre Teresa.....

—¿Por qué la compadecéis?..... Es muy feliz.

—Muy feliz—repitió el conde.....—¡Tanto mejor! ¿Y ella os ha hablado de mí..... favorablemente?.....

—¿Podría ser de otro modo?

Ploerné bajó la cabeza y guardó silencio.

—Lo mismo que ella, cuando le hablo de vos—dijo Bernheimer:— baja la cabeza y dice: ¡Pobre Raimundo!

Al oir esto, el marido de Lydia perdió su serenidad, y, enrojecido el semblante y vaga la mirada, permaneció confundido y como avergonzado. Decíase interiormente: «¿Por qué me compadece? ¿Me juzga desgraciado? ¿En qué se funda? Separada de mí desde mi matrimonio, su compasión debe referirse á hechos anteriores. ¿A cuáles?» Crispáronse sus manos. Cuanto se relacionaba con los dolorosos acontecimientos posteriores á su regreso á Francia, constituía para él un tormento. Había guardado voluntariamente silencio sobre aquella época siempre oscura de su vida, pero no había olvidado. Una duda quedaba siempre en el fondo de su pensamiento, como fuego amortiguado bajo la ceniza, que puede reanimarse con un soplo. La insidiosa observación de Samuel acababa de resucitar esta duda. Y el conde, olvidando la presencia del banquero, olvidando sus preocupaciones financieras, se había sumergido en peligrosas reflexiones. «¿Por qué decía Teresa: ¡Pobre Raimundo!? ¡Era él el verdugo y ella la víctima, y de ella provenía la piedad! ¿Podía experimentar hacia él otros sentimientos que el horror y el odio? ¡Y sin embargo, excitaba á Bernheimer á interesarse por él!»

El recuerdo de su conversación con la novicia durante la venta, se presentó á su imaginación, y la actitud dulce y afectuosa de la joven aumentó su incertidumbre. ¡No! Ella no le aborrecía, él no le inspiraba horror. Y, no obstante, le había hecho mucho daño. A menos..... Y ante este «á menos», profundo y oscuro como un abismo, permanecía irresoluto, sin atreverse á sondearlo, temeroso de lo que pudiera descubrir. En la penumbra que le envolvía, creía oir la risa de Lydia, falsa, horrible, insultante, y ver su rostro contraido por la fiereza y la burla. Por una espantosa transformación, á la que él había creido noble, pura, inocente, la en-

contraba repentinamente vil, malvada, impúdica. ¡Y le había dado su nombre, y le había sacrificado hasta Teresa, refugiada en un convento, y que pedía por él! Exhaló un profundo suspiro, apoyó la mano contra la frente, y murmuró:

—¿Cómo saber?.....

La voz de Bernheimer contestando: «¿Saber qué?» le volvió á la realidad. Hizo un gesto de sorpresa, viendo al banquero cerca de sí; pero dominado por una violenta curiosidad, le pre guntó:

—¿Os ha confiado Teresa alguna vez el motivo de su entrada en el convento?

—Siempre que la he preguntado me ha dicho que su vocación, pero nunca lo he creido; y no hace mucho, al pedirle de nuevo explicaciones, exclamó: «Si queréis conocer los motivos preguntad al señor de Ploerné.»

—¿Eso ha dicho? ¿En qué tono? ¿Con cólera? ¿Maldiciéndome?.....

—Nada de eso. Acababa de hablarme de vos con mucho afecto.

—¡Imposible!—interrumpió Raimundo con voz apagada.—Imposible, ó todo vuelve á quedar en el misterio.

—¿Todo?..... Acabad. ¿De qué se trata?

—Os digo que me odia. ¡Oh, debe odiarme!..... —exclamó Ploerné.—¿No soy yo quien hirió á su amante? Sí, herido mortalmente..... Mas yo ignoraba todavía que ella le amase. Si el infame hubiese hablado, todo se habría puesto en claro!..... ¡Se negó, y le maté!.....

—¡Muerto!..... ¿Estáis seguro de que ella le amaba?

—Ella misma me lo confesó la noche terrible

en que la sorprendí en la cita que el miserable le había dado.

—¿Teresa una cita?—interrumpió Bernheimer.—¡Estáis loco!

—Si aquel hombre no fué por ella, ¿por quién fué?—gritó Ploerné fuera de sí.—Me obligáis á proponerme de nuevo este horrible problema, que tantas veces ha torturado mi razón! Si no era Teresa, ¿quién era?

Samuel, delante de Raimundo tembloroso y exaltado, guardó silencio.

—¡Responded!—gritó el joven.—¿Qué creéis vos?..... O mejor, ¿qué os ha contado Teresa?

—Nada, palabra de honor.

—¿Qué se proponía entonces, interesándoos en preguntarme los motivos de su clausura?

—No exijáis de mí, querido amigo, lo que no sé. Probable es que mi ahijada aludiera á su proyecto de hacerse monja después de la muerte de su madre, proyecto que vos combatísteis.

—¡No es eso!.....

—Entonces, no puedo daros la menor explicación..... Las esperaba de vos..... y me las habéis dado terribles.

—¿No os han convencido?

—Me han causado gran sorpresa.

—¿Las halláis inverosímiles?

—¡Si la misma Teresa lo ha confesado, como acabáis de decirme!.....

Ploerné se quedó un instante pensativo. Después, haciendo un doloroso esfuerzo:

—¿Habrá tenido interés en hacerlo?.....

—¿Y había de condenarse voluntariamente, siendo inocente?..... ¡No lo creáis!

—Lo he temido muchas veces, y era para mí un

suplicio inexplicable..... Desde hace uu año, me habéis visto frecuentemente triste, preocupado y melancólico; ahora comprenderéis por qué. Había dos mujeres en la casa donde entraba el miserable..... Dos mujeres, Teresa y Lydia.....¿Adivináis, Bernheimer, lo que me he preguntado tantas veces, aun después de la confesión de Teresa?.....

—¡Os llamé loco hace un momento—dijo Samuel—pero lo estáis ahora mucho más!..... Ea, Raimundo, no os atormentéis de ese modo. ¡Ay! Teresa no ha mentido, todo me lo confirma..... Tuvo una hora de debilidad, y la expiará con toda una vida de caridad y de devoción..... No busquéis otra cosa que lo que ella misma nos ordena creer..... No envenenéis vuestra vida, puesto que tenéis lo necesario para ser dichoso..... Adiós..... Sed razonable.

A estas palabras, los ojos de Ploerné se llenaron de lágrimas. Palideció, cogió la mano de Samuel, la estrechó con fuerza, y balbuceó:

—Gracias, Bernheimer..... Adiós.....

Y haciendo un movimiento de desesperación entró en su cuarto. Samuel, muy confuso, salió del despacho y ganó la escalera. Mientras bajaba, pensó: «Ahora todo está claro como el agua. Lydia es la infame. Habiendo de escoger una culpable entre Lydia y Teresa, preciso es que este pobre joven esté maleficiado, para vacilar siquiera. ¿No salta á los ojos que fué ese diablillo encantador la causa del coflicto? ¡Y cómo se encadena todo!..... En su rencor, no puede perdonar á Ploerné la muerte de su amante, y sueña con hacerle matar por Roquiere. Teresa no se ha engañado, y su exclamación: «Ella quiere vengar al otro,» es el resumen de la

historia. ¿Pero por qué acusarse de una falta que no había cometido?

De pronto, dándose una palmada en la frente, exclamó: «¡Qué imbécil soy! Tesesa ama á Raimundo. Al verlo trastornado por sus angustias y sus sospechas, é inclinado á todas las violencias, justificó á Lydia para salvar á ese desgraciado de la desesperación. Si, sus ojos azules no engañan. Y ha tenido el heroismo de sacrificar su amor, su honra, todo, para mayor satisfacción de una malvada que se ríe de ella, y sólo piensa en hacer matar á su marido. ¡Oh, pero esto no será!»

Bernheimer salió de la casa, montó en el coche y se hizo llevar á la suya. Mientras avanzaba al trote de su caballo, reflexionaba:

«Tengo los hilos de la intriga. Lydia, que es decididamente un monstruo de maldad, ha combinado su venganza para perder irremisiblemente al que odia. Le compromete en una operación financiera, en que debe dejar su fortuna y su vida: porque le conozco, y si se ve comprometido y encausado, se saltará la tapa de los sesos. Y para el caso en que no tome esta resolución extrema, tiene de reserva un mozo fuerte que le desembarace de él. ¡Y yo he sido el agente principal de esta operación! Me ha hecho dar vueltas como á una devanadera..... mofándose de mí..... con Roquiere acaso..... ¡Oh! ¡Si yo lo supiese!..... ¿Y qué haría más de lo que estoy dispuesto á hacer? Porque yo no puedo mirar impasible el desarrollo de este drama. Es un deber de conciencia. La cuestión es saber cómo he de cumplirlo..... ¿Prevenir á Ploerné? Imposible. ¿Obligar á Lydia á detenerse, cuando casi toca al término de sus planes? Imposible. ¿Advertir á Roquiere del papel que se le pre-